

largo de contar, y solo nuestro Señor lo puede entender, y verlo ya acabado, sino es quien sabe los trabajos que se han padecido, no puede entender el gozo que vino á mi corazón, y el deseo que yo tenía que todo el mundo alabase á nuestro Señor, y le ofreciésemos á este nuestro santo rey don Felipe, por cuyo medio lo habia traído Dios á tan buen fin: que el demonio se habia dado tal maña, que ya iba todo por el suelo, sino fuera por él.

16. Ahora estamos todos en paz, Calzados, y Descalzos; no nos estorba nadie á servir á nuestro Señor: por eso, hermanos, y hermanas, pues tan bien ha oído sus oraciones, priesa á servir á su Majestad. Miren los presentes (que son testigos de vista) las mercedes que nos ha hecho, y de los trabajos, y desasosiegos que nos ha librado; y los que están por venir, pues que lo hallan llano todo, no dejen caer ninguna cosa de perfección por amor de nuestro Señor: no se diga por ellos lo que de algunas Ordenes, que loán sus principios, que ahora comenzamos, y procuren ir comenzando siempre de bien en mejor. Miren que por muy pequeñas cosas vá el demonio barrenando agujeros por donde entren las muy grandes, no les acaezca decir: En esto no vá nada, que son extremos. O hijas mías, que en todo vá mucho, como no sea ir adelante: por amor de nuestro Señor les pido se acuerden cuán presto se acaba todo, y la merced que nos ha hecho nuestro Señor en traernos á esta Orden, y la gran pena que terná quien comenzare alguna relajación; sino que pongan siempre los ojos en la casta de donde venimos de aquellos santos profetas. Santos tenemos en el cielo que trajeron este hábito. Tomemos una santa presunción, con el favor de Dios, de ser nosotros como ellos. Poco durará la batalla, hermanas mías, el fin es eterno: dejemos estas cosas, que en fin no son, sino es las que nos allegan á este fin, para mas amarle, y servirle, pues ha de vivir para siempre jamás. Amen. Amen. A Dios sean dadas las gracias.

CAPITULO XXX.

Comienza la fundación del monasterio de la santísima Trinidad en la ciudad de Soria. Fundóse el año de 1381. Dijose la primera misa día de nuestro padre san Eliseo.

1. Estando yo en Palencia en la fundación que queda dicha, allí me trajeron una carta del obispo de Osma, llamado el doctor Velazquez, á quien siendo él canónigo, y catedrático en la iglesia mayor de Toledo, y andando yo todavía con algunos temores, procuré tratar, porque sabia era muy gran letrado, y siervo de Dios; y así le importuné mucho tomase cuenta con mi alma, y me confesase. Con ser muy ocupado, como se lo pedí por amor de nuestro Señor, y vió mi necesidad, lo hizo de

tan buena gana, que yo me espanté, y me confesó, y trató todo el tiempo que yo estuve en Toledo, que fué harto. Yo le traté con harta llaneza mi alma, como tengo de costumbre: hizóme tan grandísimo provecho, que desde entonces comencé á andar sin tantos temores. Verdad es, que hubo otra ocasión, que no es para aquí. Mas en efeto me hizo gran provecho, porque me aseguraba con cosas de la sagrada Escritura, que es lo que mas á mí me hace al caso, cuando tengo la certidumbre de que lo sabe bien, que la tenía del, junto con su buena vida. Esta carta me escribía desde Soria, á donde estaba al presente: decíame, como á una señora que allí confesaba, le habia tratado de una fundación de monasterio de monjas nuestras, que le parecia bien: que él habia dicho acabaria conmigo, que fuese allá á fundarla, que no le echase en falta. Y que como me pareciese era cosa que convenia se lo hiciese saber, que él enviaria por mí. Yo me holgué harto, porque, dejado de ser buena la fundación, tenía deseo de comunicar con él algunas cosas de mi alma, y de verle, que del gran provecho que la hizo le habia yo cobrado mucho amor. Llámase esta señora fundadora doña Beatriz de Veamonte y Navarra, porque viene de los reyes de Navarra, hija de don Francés de Veamonte, de claro linaje, y muy principal: fué casada algunos años, y no tuvo hijos, y quedóle mucha hacienda, y habia mucho que tenia por sí de hacer un monasterio de monjas.

2. Como lo trató con el obispo, y él le dió noticia desta Orden de nuestra Señora de Descalzas, cuadróle tanto que le dió gran priesa, para que se pudiese en efeto. Es una persona de blanda condición, generosa, penitente, en fin muy sierva de Dios. Tenia en Soria una casa buena, fuerte, y en harto buen puesto, y dijo nos daria aquella con todo lo que fuese menester para fundar, y ésta dió con quinientos ducados de juro de á veinte mil el millar. El obispo se ofreció á dar una iglesia harto buena, toda de bóveda, que era de una parroquia que estaba cerca, que con un pasadizo nos ha podido aprovechar, y púdolo hacer bien, porque era pobre, y allí hay muchas iglesias; y así la pasó á otra parte. De todo esto me dió relación en su carta. Yo lo traté con el padre provincial, que fué entonces allí, y á él, y á todos los amigos les pareció que escribiese con un propio viniesen por mí, porque ya estaba la fundación de Palencia acabada, y yo me holgué harto dello por lo dicho.

3. Comencé á traer las monjas que habia de llevar allá conmigo, que fueron siete (porque aquella señora antes quisiera mas que menos) y una freila, y mi compañera, y yo. Vino persona por nosotras bien para el propósito en diligéncia, porque yo le dije habia de llevar dos padres conmigo Descalzos; y así llevé al padre fray Nicolao de Jesus Maria;

hombre de mucha perfeccion, y discrecion, natural de Génova. Tomó el hábito ya de mas de cuarenta años, á mi parecer, al menos los há ahora, y há pocos que le tomó, mas ha aprovechado tanto en poco tiempo, que bien parece le escogió nuestro Señor, para que en estos tan trabajosos de persecuciones ayudase á la Orden, que ha hecho mucho; porque los demás que podian ayudar, unos estaban desterrados, otros encarcelados: dél (como no tenía oficio, que habia poco, como digo, que estaba en la Orden) no hacian tanto caso, y lo hizo Dios, para que me quedase tal ayuda. Estan discreto, que se estaba en Madrid en el monasterio de los Calzados, como para otros negocios, con tanta disimulacion, que nunca le entendieron trataba destos, y así le dejaban estar. Escribiamonos á menudo, que estaba yo en el monasterio de san José de Avila, y tratábamos lo que convenia, que esto le daba consuelo. Aquí se verá la necesidad en que estaba la Orden, pues de mí se hacia tanto caso, á falta, como dicen, de hombres buenos. En todos estos tiempos esperiménté su perfeccion, y discrecion; y así es de los que yo amo mucho en el Señor, y tengo en mucho desta Orden.

4. Pues él, y un compañero lego fueron con nosotras. Tuvo poco trabajo en este camino; porque el que envió el obispo, nos llevaba con harto regalo, y ayudó á poder dar buenas posadas, que en entrando en el obispado de Osma, querian tanto al obispo, que en decir que era cosa suya, nos las daban buenas. El tiempo lo hacia bueno, las jornadas no eran grandes, y así poco trabajo se paso en este camino, sino contento; porque en oír yo los bienes que decian de la santidad del obispo, me le daba grandísimo. Llegamos al Burgo antes del dia octavo del santísimo Sacramento. Comulgamos allí el jueves, que era la Octava, otro dia como llegamos: y comimos allí, porque no se podía llegar á Soria otro dia: aquella noche tuvimos en una iglesia, que no hubo otra posada, y no se nos hizo mal. Otro dia oimos allí misa, y llegamos á Soria como á las cinco de la tarde. Estaba el santo obispo en una ventana de su casa, que pasamos por allí, de donde nos echó su bendicion, que no me consoló poco, porque de perlado, y santo, tiénese en mucho.

5. Estaba aquella señora nuestra fundadora esperándonos á la puerta de su casa, que era á donde se habia de fundar el monasterio: no vimos la hora que entrar en ella, porque era mucha la gente. Esto no era cosa nueva, que en cada parte que vámos, como el mundo es tan amigo de novedades, hay tanto, que á no llevar velos delante del rostro, seria trabajo grande, con esto se puede sufrir. Tenia aquella señora aderezada una sala muy grande, y muy bien, á donde se habia de decir la misa, porque se habia de hacer pasadizo para la que nos daba el obispo: y

luego otro dia, que era de nuestro padre san Eliseo, se dijo. Todo lo que habiamos menester tenia muy cumplido aquella señora, y dejónos en aquel cuarto, á donde estuvimos recogidas, hasta que se hizo el pasadizo, que duró hasta la Transfiguracion. Aquel dia se dijo la primera misa en la iglesia con harta solemnidad, y gente. Predicó un padre de la Compañía, que el obispo era ya ido al Burgo, porque no pierde dia, ni hora sin trabajar, aunque no estaba bueno, que le habia faltado la vista de un ojo, que esta pena tuvo allí, que se me hacia gran lástima, que vista que tanto aprovechaba en el servicio de nuestro Señor, se perdiere: juicios son suyos, para dar mas que ganar á su siervo debia de ser, porque él no dejaba de trabajar como antes, y para probar la conformidad que tenia con su voluntad. Decíame, que no le daba mas pena, que si lo tuviera su vecino, que algunas veces pensaba, que no le parecia le pesaria si se le perdia la vista del otro, porque se estaria en una ermita sirviendo á Dios sin mas obligaciones. Siempre fué este su llamamiento antes que fuese obispo, y me lo decia algunas veces, y estuvo casi determinado á dejarlo todo, é irse. Yo no lo podia llevar por parecerme que seria de gran provecho en la iglesia de Dios, y así deseaba lo que ahora tiene, aunque el dia que le dieron el obispado, como me lo envió á decir luego, me dió un alboroto muy grande, pareciendome le veia con una grandísima carga, y no me podia valer ni sosegar, y fuile á encomendar al coro á nuestro Señor, y su Majestad me sosegó luego, que me dijo, que seria muy en servicio suyo, y váse pareciendo bien. Con el mal del ojo que tiene, y otros algunos bien penosos, y el trabajo que es ordinario, ayuna cuatro dias en la semana, y otras penitencias: su comer es de bien poco regalo. Cuando anda á visitar, es á pié, que sus criados no lo pueden llevar, y se me quejaban; estos han de ser virtuosos, ó no estar en su casa. Fia poco de que negocios graves pasen por provisorés (y aun pienso todos) sino que pasen por su mano. Tuvo dos años allí al principio las mas bravas persecuciones de testimonios, que yo me espantaba, porque en caso de hacer justicia, es entero, y recto. Ya estas iban cesando, y aunque han ido á corte, y á donde pensaban le podian hacer mal, mas como se vá ya entendido el bien en todo el obispado tienen poca fuerza, y él lo ha llevado todo con tanta perfeccion, que los ha confundido, haciendo bien á los que sabia le hacian mal. Por mucho que tenga que hacer, no deja de procurar tiempo para tener oracion.

6. Parece que me voy embebiendo en decir bien deste santo, y he dicho poco; mas para que se entienda quien es el principio de la fundacion de la santísima Trinidad de Soria, y se consuelen las que hu-

biere de haber en él, no se ha perdido nada, que las de ahora bien entendido lo tienen. Aunque él no dió la renta, dió la iglesia, y fué como digo quien puso á esta señora en ello, á quien, como he dicho, no le falta mucha cristiandad, y virtud, y penitencia.

7. Pues acabadas de pasarnos á la iglesia, y de aderezar lo que era menester para la clausura, habia necesidad que yo fuese al monasterio de san José de Avila, y así me partí luego con hartogran calor, y el camino que habia era muy malo para carro. Fué conmigo un racionero de Palencia, llamado Ribera, que fué en extremo lo que me ayudó en la labor del pasadizo, y en todo, porque el padre Nicolao de Jesus Maria fuese luego en haciéndose las escrituras de la fundacion, que era mucho menester en otra parte. Este Ribera tenia cierto negocio en Soria cuando fuimos, y fué con nosotras. De allí le dió Dios tanta voluntad de hacernos bien, que se puede encomendar á su Majestad con los bienhechores de la Orden. Yo no quise viniere otro conmigo, y mi compañera, porque es tan cuidadoso, que me bastaba, y mientras menos ruido, mejor me hallo por los caminos. En este pagué lo bien que me habia ido en la ida; porque aunque quien iba con nosotras sabia el camino hasta Segovia, no sabia el camino de los cancos, y así nos llevaba este mozo por partes que veniamos á apearnos muchas veces, y llevaba el carro casi en peso por unos despeñaderos grandes: si tomábamos guias, llevabanos hasta donde sabian habia buen camino, y un poco antes que viniere el malo, dejabanos, que decian tenian que hacer. Primero que llegásemos á una posada, como no habia certidumbre, habiamos pasado mucho sol, y aventura de trastornarse el carro muchas veces; yo tenia pena por el que iba con nosotras, porque ya que nos habian dicho que íbamos bien, era menester tornar á desandar lo andado; mas él tenia la virtud tan de raiz, que nunca me parece le vi enojado, que me hizo espantar mucho, y alabar á nuestro Señor: que á donde hay virtud de raiz, hacen poco las ocasiones. Yo le alabo de como fué servido sacarnos de aquel camino.

8. Llegamos á san José de Segovia vispera de san Bartolomé, á donde estaban nuestras monjas penadas por lo que tardaba, que como el camino era tal, fué mucho. Allí nos regalaron, que nunca Dios me dá trabajo, que no le pague luego. Descansé ocho, y mas dias, mas esta fundacion fué tan sin ningun trabajo, que deste no hay que hacer caso, porque no es nada. Vine contenta, por parecerme tierra á donde espero en la misericordia de Dios, se ha de servir de que esté allí, como ya se vá viendo. Sea para siempre bendito, y alabado por todos los siglos de los siglos. Amen. Deo gracias.

CAPITULO XXXI.

Comiézase á tratar en este capitulo de la fundacion del glorioso san José de santa Ana en la ciudad de Burgos. Dijose la primera misa á 49 dias del mes de abril, Octava de pascua de Resurreccion, año de 1582.

1. Habia mas de seis años, que algunas personas de mucha religion de la Compañia de Jesus, antiguas, y de letras, y espíritu, me decian, que se serviria mucho nuestro Señor, de que una casa desta sagrada religion estuviese en Burgos, dándome algunas razones para ello, que me movian á desealarlo. Con los muchos trabajos de la Orden, y otras fundaciones, no habia habido lugar de procurarlo. El año de mil y quinientos y ochenta, estando yo en Valladolid, pasó por allí el arzobispo de Burgos, que habian dádole entonces el arzobispado (que lo era antes de Canaria) y venia entonces: supliqué al obispo de Palencia D. Alvaro de Mendoza (de quien ya he dicho lo mucho que favorece esta Orden, porque fué el primero que admitió el monasterio de san José de Avila, siendo allí obispo, y siempre despues nos ha hecho mucha merced, y toma las cosas desta Orden como propias, en especial las que yo le suplico le pidiese licencia para fundar en Burgos, y muy de buena gana dijo se la pediria; porque como le parece se sirve nuestro Señor en estas casas, gusta mucho cuando alguna se funda. No quiso el arzobispo entrar en Valladolid, sino posó en el monasterio de san Gerónimo, á donde le hizo mucha fiesta el obispo de Palencia, y se fué á comer con él, y darle un cinto, ó no sé qué ceremonia, que lo habia de hacer obispo. Allí le pidió la licencia para que yo fundase el monasterio: él dijo la daria muy de buena gana, porque aun habia querido en Canaria, y deseado procurar tener un monasterio destes, porque él conocia lo que se servia en ellos á nuestro Señor, porque era de donde habia uno dellos, y á mi me conocia mucho; así me dijo el obispo, que por la licencia no quedase, que él se habia holgado mucho dello. Y como no trata el Concilio que sea por escrito, sino que sea con su voluntad, esta se podia tener por dada.

2. En la fundacion pasada de Palencia dejó dicho la gran contradiccion que tenia de fundar por este tiempo, por haber estado con una gran enfermedad, que pensaron no viviera, y aun no estaba convalecida; aunque esto no me suele á mi caer tanto en lo que veo que es servicio de Dios, y así no entiendo la causa de tanta desgana como yo entonces temia. Porque si es por poca posibilidad, ménos habia tenido en otras fundaciones: á mi pareceme era el demonio, despues que he visto lo que ha sucedido, y así ha sido ordinario, que cada vez que